

La transición de los intelectuales antifranquistas (1975-1982)¹

Javier Muñoz Soro (UCM)

Universidad Complutense de Madrid

Resumen: La contribución de los intelectuales de izquierda a la transición a la democracia ha sido objeto de interpretaciones discordantes. El prestigio ganado en la lucha contra la dictadura les otorgaba una posición destacada en el proceso de cambio social, pero fenómenos como el cuestionamiento del intelectual universal, el desarrollo del mercado cultural o la crisis de las ideologías determinaron su propia evolución durante esos años. Esa transición de los intelectuales dentro de la Transición estuvo marcada por una paradoja: la democracia exigía el sacrificio del antifranquismo en nombre de la reconciliación y de una alternativa de poder de la izquierda.

Palabras claves: intelectuales, transición democrática, franquismo, prensa, cultura.

Abstract: The contribution of left-wing intellectuals to the transition to democracy, between 1975 and 1982, has been the subject of opposite interpretations. The prestige gained in the fight against Franco's regime gave them a prominent position in the process of social change. However, phenomena such as the questioning of the universal intellectual, cultural market development and the crisis of ideologies determined their own evolution during those years. This intellectuals' transition within the Transition was marked by a paradox: democracy required the sacrifice of their antifascism in the name of reconciliation and also for a viable alternative of left government.

Keywords: intellectuals, transition to democracy, Franco regime, press, culture.

¹ Este artículo se encuadra en el proyecto de investigación HUM 2007/63.118 del Ministerio de Ciencia e Innovación, dirigido por Abdón Mateos.

Introducción: los intelectuales en transición

«La Transición se hizo sin debate intelectual, reducido a una exaltación de los valores democráticos y una crítica genérica y puramente ideológica de la dictadura», ha escrito Josep Ramoneda. Además, puso de manifiesto la crisis del papel del intelectual en sus relaciones con el poder, ya que «prensa y poder marcharon juntos durante la transición, sustentándose uno a otro», casi como habían hecho durante la dictadura según Gregorio Morán². Esta visión de los intelectuales y de su actividad pública durante la transición a la democracia (1975-1982) no cuadra con otra muy extendida, la de unos intelectuales radicalizados, cegados por la ideología. En la batalla entre ideología y política que atravesó el debate público durante esos años, unos acusaron a los intelectuales de izquierda de ser esclavos de las pasiones ideológicas, residuos de un tiempo pasado; otros, de su fulminante conversión a la socialdemocracia liberal o al más simple pragmatismo.

En cualquiera de los dos casos, los intelectuales no salían bien parados: o bien vociferaron desde el dogmatismo, o bien enmudecieron ante las exigencias del momento, o del poder. Si el historiador Javier Tusell constataba la resistencia al cambio de una izquierda «que tiene en sus filas demasiados intelectuales», y por eso andaba siempre meditando «revoluciones imaginarias», Alfonso C. Comín llamaba a rebato a los intelectuales de izquierda para organizar la cultura sobre nuevas bases dentro de una «democracia avanzada», sucedáneo de lo que hasta poco tiempo antes había sido una democracia socialista³. Tras años de prestigio en la lucha antifranquista, de encarnar una autoridad moral plasmada en múltiples manifiestos, cartas colectivas o actos de protesta, se reproducía en España el debate sobre los intelectuales, el que en su patria por excelencia, Francia, había enfrentado a Sartre y Aron. Claro que si nos atenemos a la lista de los que Francisco Umbral consideraba

² RAMONEDA, J.: «Notes sobre intel.lectuals i política a la transició i la democràcia», en *La configuració de la democràcia a Espanya*, Vic, Eumo, 2009, p. 187, y MORÁN, G.: *El precio de la transición*, Barcelona, Planeta, 1991, p. 26.

³ TUSELL, J.: «Tiempo de elecciones. El Besugo», *El País*, 18 de marzo de 1977; COMÍN, A. C.: «Intelectuales de izquierda y organización de la cultura», *El País*, 24 de agosto de 1977.

nuestros «sartrianos», donde ponía juntos a Aranguren, Fernando Savater, Ramón Tamames, Tierno Galván, Buero Vallejo, Miguel Delibes, Camilo José Cela o Amando de Miguel, pese a la heterogeneidad de sus orígenes y sus respectivas trayectorias personales, tenemos un primera pista de las características idiosincrásicas que ese proceso iba a revestir en el posfranquismo⁴.

La combinación de fenómenos globales que llegaban con retraso a España y de procesos que se habían desarrollado en circunstancias tan excepcionales como una dictadura militar, superviviente de la ya lejana época de ascenso de los fascismos en Europa, dio como resultado esa superposición de discursos que caracterizó la última fase del franquismo y los años de la transición a la democracia. Discursos que se sucedieron rápidamente o entraron en conflicto porque reflejaban procesos sociales y culturales profundos, pero también porque eran el escenario de combates políticos. Voy a intentar aquí exponer brevemente algunos de los vectores que confluyeron en esta difícil transición de los intelectuales.

En primer lugar, los años de la Transición vieron la parábola descendente del intelectual en la cima de su prestigio, erigido en referencia ética universal, en *maître à penser*, pero también en intelectual comprometido con una causa, a menudo hasta traicionar lo que era su misión originaria según la famosa denuncia de Julien Benda. Se produjo entonces el canto de cisne del intelectual «orgánico» al servicio de un grupo político y el final del intelectual «funcionario» al servicio del Estado autoritario, aunque no pasaría mucho tiempo para que se reconvirtiera dentro del nuevo «Estado cultural» que los gobiernos socialistas iban a levantar, al igual que las autonomías, sobre las empobrecidas estructuras del dirigismo franquista. El lugar que dejó vacío el intelectual moderno, nacido casi un siglo antes en Europa con la democracia liberal, pasaron a ocuparlo el especialista posideológico y el comunicador mediático⁵.

⁴ UMBRAL, F.: «Los intelectuales», *El País*, 31 de mayo de 1980.

⁵ BENDA, J.: *La Traición de los intelectuales*, París, Grasset, 1927 (hay traducción española: *La traición de los intelectuales*, Madrid, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2008), y FUMAROLI, M.: *L'État culturel, essai sur une religion moderne*, París, Le Fallois, 1991 (hay traducción española: *El Estado cultural. Ensayo sobre una religión moderna*, Barcelona, Acantilado, 2007). Uso el término «intelectual» en su acepción más amplia, la de creador de opinión en el espacio público, que incluiría a los intelectuales académicos, periodistas y literatos, a medio camino entre la definición más política del intelectual de ORY, P., y SIRINELLI, J.-F.: *Les intellectuels en*

En España, la primera promoción de intelectuales especialistas llegó con la que José-Carlos Mainer ha llamado una «juventud aplazada», los nacidos entre 1935 y 1950, quienes renovaron sus respectivas disciplinas en una universidad que se masificaba y modernizaba a marchas forzadas desde la reforma de 1970. En su carrera por lograr una nada fácil estabilidad académica, muchos jóvenes profesores —los famosos PNN— dejarían los primeros jirones de sus sueños igualitarios. El protagonismo de esa «generación larga» conformada en la lucha antifranquista en la política, la cultura y las instituciones de la España democrática es innegable, pero tiene razón Santos Juliá cuando constata el «amplio abanico generacional» de unos intelectuales que ya no intervenían en el debate público como miembros de una generación, sino por su condición de intelectuales, profesionales o artistas⁶. Gentes de la llamada «generación del 36», como Pedro Laín Entralgo (nacido en 1908), Aranguren (1909), Julián Marías (1914) o Tierno Galván (1918), compartirán los mismos manifiestos o secciones de opinión con miembros de la «generación del medio siglo», como Gustavo Bueno (1924), Manuel Sacristán (1925), Agustín García Calvo (1926) o Rafael Sánchez Ferlosio (1927); de la «generación del 56», como Ramón Tamames (1933), Javier Pradera (1934) o Raúl Morodo (1935), o con los jóvenes rebeldes del 68, como Manuel Vázquez Montalbán (1939), Eugenio Trías (1942) o Fernando Savater (1947). Las identidades generacionales que la sociedad cerrada de la dictadura propiciaba serán oscurecidas por otras formas de identidad a la hora de participar en el debate público, desde las escuelas de pensamiento a los nacionalismos, a

France de l'affaire Dreyfus à nos jours, París, Armand Colin, 1999, p. 10 (hay traducción española: *Los intelectuales en Francia. Del caso Dreyfus a nuestros días*, Valencia, PUV, 2007), y la del «intelectual intérprete», mediador entre cultura y sociedad, de BAUMAN, Z.: *Legislators and interpreters. On Modernity, Post-Modernity, Intellectuals*, Ithaca (NY), Cornell University Press, 1987 (hay traducción española: *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la postmodernidad y los intelectuales*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997). Sobre los intelectuales «funcionarios», véase ISNENGHI, M.: *Intellettuai militanti e intellettuai funzionari. Appunti sulla cultura fascista*, Turín, Einaudi, 1979.

⁶ MAINER, J.-C.: «Los intelectuales de izquierda: un sentimiento de crisis», *Historia y Política*, 20 (2008), pp. 159-181; SACRISTÁN, M.: «Prólogo», en EQUIPO LÍMITE, *La agonía de la universidad franquista*, Barcelona, Laia, 1976, p. II, y JULIÁ, S.: «Intelectuales en democracia, entre el silencio y la dispersión», *El noticiero de las ideas*, 18 (2004), pp. 39-49.

través de unos cada vez más novedosos canales de producción, difusión y mediación cultural.

Porque, en segundo lugar, en esos años se produjo la transición desde la producción de vanguardia asociada a la radicalización intelectual antifranquista —por ejemplo, el *boom* editorial del ensayo de finales de los años sesenta y primeros setenta— a lo que Bourdieu llamó el «campo comercial»⁷. Con la institucionalización democrática del poder político se produjo una redefinición de las relaciones dentro del campo cultural: la televisión y la prensa diaria, hasta entonces más sometidos a lógicas instrumentales del poder, incrementaron su prestigio intelectual y absorbieron funciones culturales que antes no desarrollaban. Mientras que, al revés, las revistas políticas perdían los recursos simbólicos adquiridos en el periodo anterior, lo que ayuda a explicar su rápida desaparición. Félix Santos, exdirector de *Cuadernos para el Diálogo*, resumía así las múltiples funciones que revistas como la suya habían tenido que desempeñar desde la apertura limitada de la Ley de Prensa de 1966: «desintoxicar, desmitificar, informar, formar, dialogar a diversos niveles, ser cauce de expresión de pluralismos ideológicos y políticos». O, como escribía uno de los fundadores de *Ajoblanco* en 1978, «putas, gays, feministas, cine libre..., se organizan con más libertad y crean sus propios medios de expresión. Todos estos sectores ya no vienen a hacemos partícipes de sus cosas»⁸.

En la adaptación a las nuevas exigencias del mercado, España pasó de ser el país europeo con más títulos de información política y general —había más de seis mil empresas periodísticas registradas en 1976— a que en pocos años desaparecieran más de veinte títulos de revistas semanales o mensuales tan significativas como *Triunfo*, *Cuadernos para el Diálogo*, *Destino* o *Por Favor*. Algunas revistas intentaron afrontar la nueva situación cambiando su periodicidad y todas ellas orientaron sus contenidos en dos sentidos opuestos: hacia la banalización o hacia su especialización. Ese proceso divergente de asimilación al campo comercial o de desplazamiento hacia zonas marginales del campo cultural —por ejemplo,

⁷ BOURDIEU, P.: *The field of cultural production*, Cambridge, Polity Press, 1993.

⁸ SANTOS, F.: «Juicio crítico a *Cuadernos para el Diálogo*», *Cuadernos para el Diálogo*, 100 (1972), pp. 29-30, y BEAUMONT, J. F.: «*Ajoblanco*, cinco años de comunicación alternativa como forma de vida libertaria. Antes de fin de año será una revista semanal», *El País*, 14 de octubre de 1978.

las revistas más ideológicas o de partido— puede constatarse en otros ámbitos culturales y fue generalizada en todo el mundo desarrollado. Lo que caracteriza el caso español fue la intensidad y rapidez del proceso⁹.

Algunas de las revistas citadas habían ganado un merecido prestigio en la conquista de espacios libres de opinión y debate tras la relativa apertura del férreo régimen de prensa de la dictadura en 1966. Pero la lista de títulos aparecidos entre 1975 y 1979 es de por sí expresiva de una auténtica primavera cultural. La teoría marxista en sus varias versiones tuvo revistas como *Zona Abierta*, en cuya etapa inicial colaboraron Valeriano Bozal, Alberto Corazón, Jorge Martínez Reverte o Ludolfo Paramio; *Sistema*, con Elías Díaz y Félix Tezanos, y *Leviatán*, ligadas al PSOE; *Taula de Canvi*, donde el marxismo cristiano de Alfonso C. Comín y el más heterodoxo de Josep Ramoneda, Solé Tura o Jordi Borja convivía «unitariamente» con otras culturas del antifranquismo; *Materiales*, y su sucesora *Mientras tanto*, fundadas por el grupo de Manuel Sacristán procedente del PSUC, junto a otras de la nueva izquierda trotskista o maoísta como *En Teoría* o *El Cárabo*. Las nuevas tendencias libertarias, contraculturales y ecologistas estuvieron representadas por *Ajoblanco*, donde escribían Pepe Ribas, Fernando Savater o Luis Racionero; *El Viejo Topo*, con Miguel Riera o Francisco Fernández Buey; *Ozono* o *Star*.

Títulos a los que se podrían añadir muchos otros de la izquierda intelectual —*Negaciones*, *Teoría y Práctica*, *Saida*, *Argumentos*, *El Basilisco*, *Askatasuna*, *Transición*, *Arreu*— y del también floreciente campo de las revistas de humor político, en el que sobresalieron *Hermano Lobo* y *Por Favor*. Por entonces salieron a la luz las clandestinas *Nous Horitzons* y *Nuestra Bandera*, ligadas al PCE, y llegó desde el exilio parisino *Cuadernos del Ruedo Ibérico* para una tan corta como desilusionante experiencia española. Antes de su desaparición o crisis, algunas revistas del antifranquismo cambiaron sus formatos y adecuaron sus contenidos y lenguaje hasta convertirse en auténticos *political newsmagazines* como *Cambio 16* o *Cuadernos para el Diálogo*, lo que les permitió aumentar

⁹ MUÑOZ SORO, J.: «Parlamentos de papel: la prensa crítica en la crisis del franquismo», en QUIROSA-CHEYROUZE, R. (coord.): *Historia de la Transición en España. Los inicios del proceso democratizador*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pp. 449-461.

durante un tiempo sus tiradas. Es decir, en una breve estación de unos cinco años florecieron y se extinguieron, o bajaron drásticamente su difusión, tanto las revistas militantes de izquierda como las que trataron de adaptarse a las nuevas necesidades. Algo que sólo puede explicarse por una conjunción de factores, entre los que sin duda se cuentan el aumento de los costes y la creciente competencia cuando el público lector seguía siendo muy inferior al de otros países europeos¹⁰.

El nuevo «intelectual colectivo» ya no iba a ser entonces aquel al servicio del pueblo y con la formación de un «frente cultural» de izquierda como objetivo, del que hablaba Valeriano Bozal en 1976 usando términos gramscianos. Su lugar lo ocuparía la «empresa e intelectual colectivo», mucho menos ideológico y más comercial, en que acabaría convirtiéndose *El País*, aparecido ese mismo año, según la conocida definición de Aranguren¹¹. Gracias a su carácter de «referencia dominante» para un importante sector de la sociedad, este diario contribuyó a la conformación de un nuevo espacio público «de representación y de comunicación social que, hasta cierto punto, no constituyeron ni el Parlamento ni la clase política». Un espacio comunicativo en el que se integraba el nuevo ciudadano, precisamente cuando se fraguaba la cultura política democrática y muchas personas experimentaban un proceso de intensa resocialización política adulta¹². En el periódico coexistieron distintos niveles de discurso, a veces en conflicto entre sí, mientras otro conflicto interno tenía lugar por el control del diario, por la orientación y diversificación de sus contenidos y por su conversión en un gran grupo mediático. Lo ha explicado Luis Negró: el nuevo grupo dirigente de *El País* parecía haber comprendido antes que otros la idea de que en las sociedades avanzadas el saber se produce para ser vendido y es un elemento fundamental en la competición por el po-

¹⁰ Sobre un índice de lectura de diarios en 1986-1987, los 78 diarios leídos por 1.000 habitantes en España quedaban muy por debajo de los 414 de Gran Bretaña, los 350 de Alemania o los 212 de Francia; EDO, C.: *La crisis de la prensa diaria*, Barcelona, Ariel, 1994, pp. 30-31.

¹¹ BOZAL, V.: *El intelectual colectivo y el pueblo*, Madrid, Alberto Corazón, 1976, y ARANGUREN, J. L. L.: «El País como empresa e intelectual colectivo», *El País*, 7 de junio de 1981.

¹² IMBERT, G., y VIDAL BENEYTO, J.: *El País o la referencia dominante*, Mitre, Barcelona, 1986, pp. 24-26, y ARANGO, J.: «Ni lo era ni ha dejado de serlo», *El País*, 19 de marzo de 2000.

der¹³. Por esa influencia social, pero también por ese carácter de espacio transicional entre viejos y nuevos fenómenos, entre discursos ideológicos distintos, he elegido las secciones de Opinión y Tribuna de *El País* como fuente (casi) única para el presente estudio.

Que el cauce privilegiado de influencia de los intelectuales en la opinión pública fuera el artículo periodístico no era ninguna novedad: así había sido también en España desde principios de siglo y, en menor medida, ha seguido siéndolo después. Los intelectuales afirman su autoridad en el propio campo especializado, profesional o académico, pero su influencia social raramente proviene de la venta de sus libros¹⁴. La novedad radicaba en el control del periódico por sus redactores: si el poder intelectual en la oposición al franquismo había fluctuado entre los polos científico y político, entre la razón analítica y la dialéctica por usar la conocida distinción de Tierno Galván¹⁵, la democracia crearía un nuevo eje de tensión entre el polo político y el periodístico, de manera que los periodistas pasarían a personificar el paradigma del nuevo intelectual¹⁶. La prensa se organizó en empresas mediáticas cada vez más poderosas y autónomas erigidas en nuevas formas de poder intelectual, que pronto iban a englobar revistas, editoriales, canales de radio y televisión. Tampoco pasaría mucho tiempo para que la prensa diaria diversificara su oferta comercial por múltiples vías, que iban desde los suplementos semanales hasta las vajillas de regalo, ni para que los programas televisivos de debate intelectual, como *La Clave* de José Luis Balbín, se fueran extinguiendo para dejar su lugar a otros debates de presunto interés social.

La generalización de la educación superior y la transformación radical del mundo de la comunicación producida por la invasión de lo visual, la expansión sin precedentes de los productos culturales, la multiplicación de centros productores y la aparición de grandes empresas multimedia han democratizado la categoría in-

¹³ SEOANE, M. C., y SUEIRO, S.: *Una historia de «El País» y del Grupo Prisa*, Barcelona, Plaza y Janés, 2004, p. 17, y NEGRÓ ACEDO, L.: *El diario El País y la cultura de las élites durante la Transición*, Madrid, Foca, 2006, p. 175.

¹⁴ VILA-SANJUÁN, S.: *Pasando página. Autores y editores en la España democrática*, Barcelona, Destino, 2003, pp. 529-530.

¹⁵ TIERNO GALVÁN, E.: *Razón mecánica y razón dialéctica*, Madrid, Tecnos, 1969.

¹⁶ PECOURT, J.: *Los intelectuales y la transición política. Un estudio del campo de las revistas políticas en España*, Madrid, CIS, 2008, p. 242.

telectual. Hoy sería más adecuado preguntarse quién no es intelectual, y quizás alegrarnos de que el crepúsculo de los intelectuales se acompañe del aumento de los lugares de inteligencia social¹⁷. Durante años los intelectuales se han afanado, en España como en el resto de Europa, en la denuncia del consumismo y de las lógicas de mercado, interpretadas como parte de una estrategia política dirigida a reducir su poder neutralizando el impacto de la producción simbólica disidente. Sin embargo, también ellos participan de un sistema que garantiza su visibilidad y subsistencia, y aunque están surgiendo otros canales de reflexión crítica como Internet, son demasiado abiertos y fragmentados como para pensar en una vuelta del intelectual universal.

Todo este proceso se ha acompañado, en tercer lugar, de una tendencia creciente a la desideologización, anunciando lo que iba a ocurrir durante la década siguiente en el resto de Europa, y confinando hacia espacios de comunicación cada vez más marginales, aunque todavía mantuvieran su prestigio en la universidad, la crítica marcusiana a la sociedad opulenta y la crítica marxista al poder político. Lo mismo podría decirse de la rápida desmovilización que siguió a una fase de intensa movilización social, la cual había sustentado la multiplicación de centros de producción intelectual, pero convertida pronto en un velado recuerdo, cuando no en una ensoñación de cuya existencia dudan hasta sus mismos protagonistas. La izquierda intelectual de la Transición heredaba una concepción de la cultura militante, cuando lo cultural aún era político, y al mismo tiempo heredaba su crisis desde los primeros años de la década. Además, el marxismo hegemónico en la cultura progresista de la segunda mitad de los sesenta había pasado a conjugarse en plural, dividido entre varios marxismos a menudo hostiles entre sí y enfrentados al resurgir del individualismo romántico, la contracultura y las corrientes ácratas o neonietzscheanas¹⁸.

En la segunda mitad de los setenta, la cultura marxista se replegaría ante el éxito político de la antes denostada socialdemocracia, que culminaría con la renuncia oficial del PCE al leninismo y del PSOE al marxismo. En realidad, las que se combatían eran dos almas enfrentadas de la cultura antifranquista: la más pragmática e

¹⁷ ADORNATO, F.: *Oltre la Sinistra*, Milán, Rizzoli, 1991.

¹⁸ PLATA, G.: *La razón romántica. La cultura política del progresismo español a través de Triunfo (1962-1975)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.

interesada por los resultados, con un largo aprendizaje bajo la dictadura, y la más idealista, preocupada por las consecuencias políticas, culturales y hasta morales del proceso. De ahí que muchos intelectuales rejuvenecidos por los nuevos desafíos del poder no ocultaran su hostilidad hacia quienes siguieron interpretando la realidad en términos de identidad antifranquista, de crítica al poder (a todo poder) y de proyecto social utópico, casi como si en ellos vieran su propio retrato terriblemente envejecido.

La dialéctica franquismo-antifranquismo

En las antitéticas versiones sobre los intelectuales de izquierda en la Transición con que se abría este artículo, todos quedaban a un lado dentro del binomio autoritarismo-democracia, pues si algo les unía era la condena del primero y la defensa de la segunda, lo que parecería lógico que se hubiera reflejado en otro binomio simétrico: franquismo-antifranquismo. Sin embargo, una parte importante de los intelectuales renunció explícita o implícitamente a la dialéctica franquismo-antifranquismo por considerarla superada, inútil o dañina en la nueva situación. Así, el economista y teniente de alcalde de Madrid por el PCE, Ramón Tamames, decía que «de cara al mañana lo mejor que podemos hacer los españoles es olvidarnos de franquismos y antifranquismos. Esa es una polémica estéril»¹⁹.

Se trataba además de una polémica ajena al «país real», a la «sociedad civil», según una de las tesis sobre la transición a la democracia que más éxito tuvieron desde su formulación, la del sociólogo Víctor Pérez Díaz. La sociedad, considerada como un conjunto indiferenciado, habría iniciado desde mucho antes un proceso de cambio social, cultural y económico que la habría llevado a posiciones semejantes a las del resto de Europa. Por eso, las élites dirigentes y sus líderes eran vistos como rezagados cuando insistían en la dialéctica franquismo-antifranquismo, y como ganadores cuando traducían a la política esas exigencias sociales de moderación, orden, democracia y cambio pacífico. La nueva política reflejaba la nueva sociedad, de manera teleológica y casi tautológica: «el país se ha votado a sí mismo». De los pobres resultados de AP y el PCE

¹⁹ TAMAMES, R.: «Lo mejor, olvidar la polémica estéril», *Cambio* 16, 20 de noviembre de 1979.

en las elecciones de junio de 1977 se podía extraer la conclusión de que la sociedad civil española estaba «poco comprometida con la experiencia del franquismo y del antifranquismo», y, de hecho, durante la campaña electoral el nombre de Franco se había «invocado poco, y con poco éxito. De la guerra civil se ha hablado menos, y como para exorcizarla. La República ha sido objeto de una referencia cortés por parte del PSOE, pero sin existir. Se está en silenciar el pasado. En desactivarle. En salir honorablemente de él»²⁰.

Jorge de Esteban lo resumía en pocas palabras: «Estábamos “condenados” a llegar a un sistema democrático: el objetivo final no lo ponían en duda sino muy pocas personas, agazapadas en el pasado o embriagadas por una futura y dudosa utopía»²¹. La antítesis ya no era democracia contra autoritarismo, sino democracia contra utopía. Se había producido una curiosa traslación temporal: la vieja democracia liberal y burguesa había dejado de ser una cosa del pasado a superar, para convertirse en un futuro a construir y un objetivo en sí misma, mientras que la utopía, metáfora del futuro en la cultura progresista de los años sesenta, había quedado de repente vieja e inservible como una reliquia.

La actitud respecto a lo que podrían haber sido los símbolos históricos del antifranquismo expresa mejor que las palabras este rechazo. Un editorial de *El País* estimaba en 1977 que «el enarbolamiento de la bandera tricolor es el mejor regalo que puede hacerse a los fanáticos que desean apropiarse del símbolo rojo y gualda, que para la gran mayoría de españoles posee, como es lógico, un elevado contenido emotivo». Pocos años más tarde, después del 23-F, Enrique Múgica ensalzaba en esas mismas páginas a la Corona como el mayor símbolo de identidad nacional y proponía la celebración de un gran concurso para dotar al himno español de una letra que complementara su música. Su valor artístico a la vez que su elevada carga sentimental y su mensaje pacifista convirtieron al *Guernica* de Picasso en la única gran metáfora de reparación del antifranquismo, como afirmaba Calvo Serraller, un «símbolo de re-

²⁰ PÉREZ DÍAZ, V.: «Un análisis de las elecciones: Negociación, a los 40 años impotencia política» y «Una salida honorable del franquismo», *El País*, 17 y 19 de julio de 1977. La tesis del autor en *La primacía de la sociedad civil*, Madrid, Alianza Editorial, 1993.

²¹ DE ESTEBAN, J.: «Las ambigüedades de una larga transición», *El País*, 12 de noviembre de 1977.

conciliación» en palabras de uno de los protagonistas de la devoción, Javier Tusell, para quien «en el aspecto cultural y también en cierto sentido en el político, la llegada del *Guernica* significa un punto final en la transición española hacia la democracia»²².

La dialéctica antifranquismo-franquismo terminó siendo asociada a otras que dividieron al mundo intelectual en la nueva coyuntura abierta tras la muerte del dictador: pasado-futuro, ideología-política, ruptura-reforma. En este combate semántico, la reforma, vista como triunfo del pragmatismo, del orden y de la política, acabó por identificarse con el futuro, mientras la ruptura era cosa del pasado, una rémora de otros tiempos de radicalismo ideológico o, en el peor de los casos, una provocación irresponsable susceptible de retrotraer al país a un pasado de violencia cainita. La asociación de ideas entre ruptura y violencia fue casi inevitable, y no sólo por su instrumentalización interesada, pues sobre ella actuó por varios canales el recuerdo de la experiencia republicana. La exigencia de reconciliación que había tomado forma de manifiesto generacional en 1956 se había ido extendiendo como un lugar de encuentro intra e intergeneracional sin que ello significara nostalgia de la República, pues la memoria traumática de la guerra y la represión se tradujo en un «todos fuimos culpables»²³.

Esta interpretación histórica ampliamente compartida de una culpa colectiva y este mismo afán de reconciliación no evitó, sin embargo, que surgieran dos polos opuestos en el discurso de los intelectuales sobre el tema: uno que destacaba la importancia de la memoria para la «moralización» de la democracia; y otro que defendía la utilidad del olvido ante la dificultad o poca urgencia de afrontar el problema. La disyuntiva entre una pedagogía del recuerdo y la necesidad de pasar página para mirar al futuro había caracterizado las transiciones europeas al posfascismo²⁴. Por supuesto treinta años después las circunstancias eran muy distintas,

²² Editorial, «Contra la provocación», *El País*, 15 de abril de 1977; MÚGICA, E.: «Signos de identidad», *El País*, 6 de noviembre de 1981; CALVO SERRALLER, F.: «Una lucha incesante contra la reacción y la muerte», *El País*, 11 de septiembre de 1981, y TUSELL, J.: «El final de la transición», *El País*, 11 de septiembre de 1981.

²³ SARTORIUS, N., y ALFAYA, J.: *La memoria insumisa. Sobre la dictadura de Franco*, Madrid, Espasa, 1999. *Todos fuimos culpables* es el título de un libro de memorias publicado por el socialista Simeón Vidarte en 1976.

²⁴ LA ROVERE, L.: *L'eredità del fascismo. Gli intellettuali, i giovani e la transizione al postfascismo, 1943-1948*, Turín, Bollati Boringhieri, 2008.

así como los términos exactos del debate, pero también en España hubo posiciones distintas sobre cómo la democracia debía afrontar la experiencia de la dictadura y sus consecuencias no sólo políticas, sino también culturales, sociales y hasta psicológicas.

En ese debate ocupó un lugar central la memoria de la guerra y la violencia, su uso público y político, hasta definir en buena medida, como sabemos, el contenido de la Transición²⁵. Intelectuales como Josep Meliá, Vicent Ventura o Paulino Garagorri abogaron por la función pedagógica de la memoria. Este último escribía que «en los cuarenta años de franquismo y de conformidad con la tradición de los regímenes personales, ni se ha reconocido públicamente un error, ni se ha juzgado a los posibles culpables. Y temo que la huella de esa ausencia, por así decirlo, produce defectos decisivos en las conciencias formadas en tales usos, pues se trata de una de las ejemplaridades capitales para la normalidad intelectual y la educación del ciudadano». Una postura que en su versión más radical representaba —y ha seguido representando hasta su muerte— José Vidal-Beneyto, cuando escribía en 1981 que «nuestro universo simbólico es una gran pantalla blanca en la que no hemos logrado escribir siquiera algunos de nuestros muertos: Salvador Puig Antich, Julián Grimau, Antonio Amat, Enrique Ruano. Lo que hace inútil su búsqueda en las calles y plazas de los municipios en que es mayoritaria la izquierda española, pues en ellos a los nombres franquistas les han sucedido —cándida coartada— los del santoral»²⁶.

Explicando el interés de los escritores por el pasado reciente, el exiliado Manuel Andújar hablaba del sentimiento de un exilio injusto y la pretensión de entender las razones del conflicto, y precisaba que «no escribimos sobre la herida de la guerra civil para agrandarla, sino para curarla, puesto que un pueblo no puede existir si pierde la memoria inmediata». Para Juan Goytisolo era necesario exorcizar el pasado y proceder a una reparación más o menos simbólica de las víctimas todavía ocultas, las del franquismo, igual que para Antonio Lara las imágenes de la película *Canciones para*

²⁵ AGUILAR, P.: *Políticas de la memoria y memorias de la política*, Madrid, Alianza Editorial, 2008.

²⁶ GARAGORRI, P.: «El pasado: quinta columna», *El País*, 29 de mayo de 1976, y VIDAL-BENEYTO, J.: «La última playa», *El País*, 4 de julio de 1981. Por razones de espacio no presentaré a los autores, cuyas profesiones y dedicaciones tienen, en la mayoría de los casos, notoriedad pública.

después de una guerra, «nos vuelven a enfrentar con un pasado fantasmal y opresivo que es urgente exorcizar por completo». Porque si «todo imaginario social se alza sobre una historia y vive de un pasado», afirmaba Isaac Montero, memoria e identidad iban de la mano. Un editorial de *El País* de 1978 defendía que un «sano repaso de nuestras sangrientas discrepancias resulta una desintoxicación necesaria para la reconciliación y la convivencia», aunque al igual que otros editoriales sobre el tema terminaba sosteniendo un discurso equidistante que recurría, una y otra vez, al tópico machadiano de «las dos Españas», pues «no son tan distintas, tan distantes, como tampoco lo fueron Antonio y Manuel Machado»²⁷.

En un artículo de Javier Pradera de 1977 sobre «los hijos de los vencedores que militan ahora con los vencidos», escrito en una neutra tercera persona, aparecía otra idea fundamental en la reflexión europea de los posfascismos: la condena del franquismo (como sistema) era compatible con la amnistía a los franquistas (como personas), pues «la responsabilidad de aquella sangría no recae sobre los hombres que físicamente empuñaron las armas homicidas o dieron las órdenes de hacerlo, sino sobre el impersonal juego de fuerzas que puso en funcionamiento un sistema social injusto». Un recurso a la despersonalización que se demostraría muy útil al referirse al pasado, cuyo valor didáctico debía limitarse únicamente a los libros de historia. Como afirmaba Javier Tusell, «Franco y el franquismo, para los historiadores», o en palabras del psiquiatra Castilla del Pino, «hay que amnistiar el franquismo; luego, historiarlo»²⁸.

La pedagogía del recuerdo trataba de combatir además una aceleración histórica que sorprendía a los mismos contemporáneos,

²⁷ «Estudio de la novelística sobre la guerra civil», *El País*, 31 de julio de 1979; GOYTISOLO, J.: «Las cruces de Yeste», *El País*, 17 de noviembre de 1981; LARA, A.: «La búsqueda del tiempo perdido», *El País*, 10 de noviembre de 1976; MONTERO, I.: «La memoria de la posguerra no es patrimonio de la ultraderecha. Entrevista con el autor de *Necesidad de un nombre propio*», *El País*, 29 de marzo de 1979, y editorial «Los vencidos piden la palabra», *El País*, 2 de diciembre de 1978. Sobre el uso público y político de Antonio Machado, véase MUÑOZ SORO, J., y GARCÍA, H.: «Poeta rescatado, poeta del pueblo, poeta de la reconciliación: la memoria política de Antonio Machado durante el Franquismo y la Transición», *Hispania*, 234 (2010), pp. 137-162.

²⁸ PRADERA, J.: «Los hijos de los vencedores», *El País*, 20 de enero de 1977; TUSELL, J.: «Balance de dos años. El General Franco, dos años después», *El País*, 23 de noviembre de 1977, y CASTILLA DEL PINO, C.: «Democracia: una primera expectativa», *El País*, 24 de junio de 1977.

como si el olvido fuera un fenómeno social espontáneo e inevitable. A un año de la muerte del dictador aparecían en la prensa titulares como «Hace un siglo, Franco» (*Diario 16*) o «Franco, operación olvido» (*Cuadernos para el Diálogo*). En 1979 precisamente, el exdirector de *Cuadernos para el Diálogo*, Pedro Altares, en un artículo titulado «Franco, casi un general romano», se preguntaba: «¿qué es mejor para el futuro, olvidar el pasado o asumirlo?». La opción elegida parecía ser el olvido y la no asunción individual de una culpa colectiva, al igual que en Alemania, donde treinta años después la serie *Holocausto* había podido ser presentada como una absoluta novedad, en la que había sólo víctimas, pero ningún culpable²⁹.

Ese debate sobre el pasado enlazaba con otro bien conocido, el planteado en torno a los términos de «reforma» y «ruptura», y los proyectos políticos subyacentes. Simplificando, los rupturistas defendieron el carácter moralizador del pasado para la educación de unas generaciones nacidas y socializadas en el franquismo, por supuesto lejos del ajuste de cuentas, mientras que los reformistas abogaron por superarlo para centrarse en los importantes desafíos planteados por la consecución de una democracia homologable a las de otras naciones desarrolladas. Para estos últimos, la paciencia se alimentaba de una profunda confianza en la inevitabilidad del cambio. De ahí que no preocuparan tanto los «problemas de metodología» —escribía el director de *El País* pocas semanas antes de la caída de Arias Navarro— como «los resultados reales que se obtengan en el camino a la democracia», por eso «desgañitarse pidiendo la ruptura o defendiendo la reforma apenas tiene sentido en una situación en la que, a fin de cuentas, se va a romper por sí solo todo lo que ya no es capaz de tenerse de pie»³⁰.

De hecho, esa mezcla de teleologismo y de oportunismo pragmático formaba parte de la cultura política antifranquista, conformada en largos años de espera, no obstante la impaciencia revolucionaria de las nuevas generaciones. La indiferencia que mostraba Juan Luis Cebrián por el cómo venía de lejos y fue el núcleo de un discurso político de la Transición, que a su vez coincidía con una visión optimista del cambio experimentado por la sociedad española y de su madurez política. La «metodología», por el contra-

²⁹ ALTARES, P.: «Franco, casi un general romano», *El País*, 3 de mayo de 1979.

³⁰ CEBRIÁN, J. L.: «Los españoles que irán a las urnas», *El País*, 2 de junio de 1976.

rio, parecía preocupar más a quienes albergaban serias dudas sobre toda clase de herencias dejadas por la dictadura en el cuerpo social, aunque unos y otros compartieran un empeño común por denunciar los intentos gubernamentales de reforma limitada y por definir los valores y parámetros de una auténtica democracia.

Se entiende así que las palabras cobraran nuevos significados, pues tras ellas había distintas expectativas, como demostraron Rafael del Águila y Ricardo Montoro en un trabajo pionero³¹. La necesidad de formalizar y dar sentido a los procesos que estaban teniendo lugar llevó a forzar los conceptos hasta lo paradójico —por ejemplo, la «ruptura pactada»— buscando la síntesis de posiciones enfrentadas o la ambigüedad irresoluble, algo que terminó reflejándose en el lenguaje de la Constitución³². Palabras como «consenso» cobraron en esos años un valor más prescriptivo que descriptivo, por cuanto interpretaban el proceso para dirigirlo como si se tratara de una profecía autocumplida³³.

Existía la conciencia generalizada de que una de las tareas de la democracia consistía en recuperar un lenguaje civil que diera significado a palabras como la propia «democracia», vaciadas por largos años de retórica franquista. Sin embargo, arreciaron las críticas hacia un nuevo nominalismo acusado de ocultar o cambiar la realidad³⁴. Así, Vidal-Beneyto se lamentaba a finales de 1976 de que «el franquismo ha dejado inservibles un buen haz de grandes palabras políticas. Sus herederos, de no cambiar, van a inutilizar la que ahora nos es más necesaria. Y su contenido». Aranguren constataba cómo el consenso se entendía en una «impropia acepción que

³¹ DEL AGUILA, R., y MONTORO, R.: *El discurso político de la transición española*, Madrid, CIS-Siglo XXI, 1984.

³² «En su texto hay una acumulación contradictoria de términos con una fuerte carga semántica que posibilitó el entendimiento, pero debilitó la claridad conceptual de los argumentos», en GARRORENA, A.: *El Estado español como estado social y democrático de derecho*, Madrid, Tecnos, 1984, p. 233.

³³ Según el sociólogo Robert K. Merton, la profecía que se cumple o autorrealiza es, al principio, una definición falsa de la situación que despierta un nuevo comportamiento que, a su vez, hace que la falsa concepción original de la situación se vuelva verdadera, o al menos que sus consecuencias se perciban como reales, en MERTON, R. K.: *Teoría y estructura sociales*, México, FCE, 1965.

³⁴ Para Bustos Tovar, se había acabado con el «discurso único» que servía al fascismo, en *El País*, 11 de noviembre de 1981, y Javier Pradera ironizaba que «los obreros dejan de ser llamados productores y la huelga anormalidad laboral», en *El País*, 27 de mayo de 1976.

ellos, los del “arte de lo posible”, le han dado, es decir, transacción, compromiso en el que se han visto puestos». Pero lo más curioso es que Aranguren constataba el mismo fenómeno en la otra parte, la de quienes lucharon tantos años «conspiratoriamente» contra el franquismo, porque «ha de costarles trabajo desprenderse de sus viejos hábitos». En suma, el propio antifranquismo había sido contaminado irreversiblemente por el franquismo, por su lenguaje y su lógica perversa. Cuando no había sido una simple coartada, caso de esos «prestigiosos pensadores antifranquistas —ironizaba Juan Luis Cebrián— que ahora se ha descubierto que, efectivamente, tenían mucho de lo segundo pero muy poco de lo que era exigible a su condición de intelectual»³⁵.

El antifranquismo se convertía así no sólo en la antítesis del franquismo, sino también en su consecuencia. Paulino Garagorri advertía de que «el peso de la era de Franco es más intenso» precisamente sobre los jóvenes crecidos bajo el autoritarismo, y ese peso recaía «todavía más hondamente en los que han polarizado sus tendencias en la oposición a esa sociedad, pues la servidumbre de la hostilidad suele ser más profunda que la inspirada en la adhesión». Esa contaminación podía rastrearse en comportamientos poco democráticos como la eliminación del diálogo, la insegura aplicación de las leyes, la ausencia de estímulos a la responsabilidad, el cultivo del secreto, el desprecio de la opinión ajena. Otros intelectuales, como Javier Pradera o Víctor Pérez-Díaz, han visto rasgos negativos semejantes en la herencia del antifranquismo en la cultura política de la Transición: tendencia a la intriga y la conspiración, una gramática de la política como ocupación del poder y alejada totalmente de las exigencias sociales, a menudo basada en la simulación y doble lenguaje, dogmática pero al mismo tiempo pragmática a la hora de distinguir los diversos registros. El antifranquismo era condenado por los propios antifranquistas. Ya lo escribió Manuel Vázquez Montalbán en 1988: «El resistencialismo no era una virtud, la virtud de la crítica metódica, sino un vicio heredado del pasado antifranquista»³⁶.

³⁵ VIDAL-BENEYTO, J.: «La última playa», *El País*, 4 de junio de 1981; ARANGUREN, J. L. L.: «Historia política de España», *El País*, 1 de mayo de 1980, y CEBRIÁN, J. L.: «Camilo, o de las insidias de la libertad», *El País*, 9 de mayo de 1978.

³⁶ GARAGORRI, P.: «El pasado: quinta columna», *El País*, 29 de mayo de 1976; PRADERA, J.: «Presentado un libro de Pablo Lizcano sobre la oposición universitaria al régimen franquista», *El País*, 19 de diciembre de 1981; PÉREZ DÍAZ, V.: *La lezione spagnola. Società civile, politica e legalità*, Il Mulino, Bolonia, 2003, pp. 167-189, y

La herencia del franquismo, entre cultura, historia y sociología

Pero, en realidad, ¿qué quedaba del franquismo? Es la pregunta que se plantearon los intelectuales sobre el pasado, sobre su propio pasado, de forma no muy diferente a como hicieron muchos intelectuales europeos tras la derrota de los fascismos. En el caso español, además, no había habido derrota ni colapso del sistema, y por mucho que estuviera en crisis y hubiera perdido su clave con la muerte del dictador, el edificio se sostenía en pie. Los intelectuales de izquierda alertaron sobre la continuidad de las instituciones franquistas, criticaron el recurso del gobierno a instrumentos coactivos, como la censura, y la permanencia del personal político de la dictadura implicado en la represión, en especial de los funcionarios de la policía o la judicatura, cuya depuración fue exigida en numerosas ocasiones desde la prensa³⁷. Sin embargo, la continuidad que más preocupó a muchos de ellos, y la que nos interesa ahora, fue la de mentalidades, actitudes y valores presentes en las nuevas generaciones tras largos años de socialización en la dictadura. Un tema que enlaza con la actual revisión del legado de la Transición y nuestros presuntos déficits democráticos.

En 1980, el expoumista Víctor Alba publicaba un libro titulado *Todos somos herederos de Franco*. Y esa herencia, como acabamos de ver, era visible en «hábitos y pautas de comportamiento» como la corrupción, según sostenían Pedro Altares en 1978 o Luciano Rincón todavía en 1980. La causa, una vez más, se buscaba «en la forma en que el cambio fue posible —continuidad sin ruptura» (Ignacio Sotelo, 1981)—, como si el debate reforma-ruptura que había salido por la puerta volviera a entrar por la ventana. Lo dejaba claro Aranguren en 1978 al referirse al «franquismo que sigue existiendo entre nosotros», al «franquismo, residual o potencial, que no es sino el otro nombre de la reforma sin ruptura, el otro nom-

VÁZQUEZ MONTALBÁN, M.: «Sobre la memoria de la oposición antifranquista», *El País*, 26 de octubre de 1988.

³⁷ En 1977 fueron prohibidos títulos como *Los atentados contra Franco*, de Eliseo Bayo; *Galicia mártir*, de Alfonso Daniel Rodríguez Castelao; *Autonomía del País Vasco, desde el pasado al futuro*, de Javier Villanueva y Manu Escudero, o *Qué son las fuerzas armadas*, de los militares de la UMD José Fortes y Restituto Valero. Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares, Fondo Ministerio de Información y Turismo, Gabinete de Enlace, caja 580.

bre del vergonzante continuismo enquistado en el sistema que vacilante, indecisa, transaccionalmente, nos gobierna. El otro nombre, en suma, de la falta de democracia participatoria, vivida, real, cosa nuestra, de todos los españoles»³⁸.

La «falta de educación democrática del pueblo» era otra herencia envenenada de «una larga dictadura, que ha acostumbrado a la colectividad a usos y hábitos colectivos de pasividad y comodidad, de escepticismo y resignación», afirmaban Rafael Conte o Francisco Fernández Santos en 1980³⁹. Este panorama poco alentador se completaba con la ausencia de cuadros dirigentes, la desmoralización de la sociedad española en general, la crisis en la militancia política, la mediocridad y otros vicios de la democracia enumerados, entre otros, por Ludolfo Paramio, Jorge Martínez Reverte, Víctor Márquez Reviriego o Joan Fuster. En sus *Cabos sueltos*, Tierno Galván justificaba esa mediocridad como un escalón democrático, hasta que una mayor igualdad de bienestar produjera una mayor desigualdad de espíritu⁴⁰.

Pero si el diagnóstico parecía claro, pese a la indefinición del mal, más complicado resultaba acometer su cura cuando se trataba de procesos mentales profundamente radicados en las conciencias. Al final la única forma de aprender la democracia era practicarla. Desde las páginas de *Diario 16*, Pedro de Vega se preguntaba en 1977: «¿Servirán las elecciones como instrumento de responsabilización colectiva y como medio para corregir errores y prácticas nocivas del pasado?». Junto a la democratización como escuela de democracia, algunos intelectuales pusieron el acento en la falta de grandes ideales que motivaran a las jóvenes generaciones, otro tema clásico del posfasismo en la Europa de treinta años antes frente al desencanto producido por la vuelta de la «vieja política». El nuevo director de *Diario 16*, Pedro J. Ramírez, comentaba al acercarse el tercer aniversario de las elecciones de 1977 que no ha-

³⁸ ALTARES, P.: «Ya no hay dictador», *El País*, 13 de septiembre de 1978; RINCÓN, L. (Luis Ramírez): «Del desencanto a la nostalgia», *El País*, 27 de enero de 1980; SOTELO, I.: «Sociología de la corrupción», *El País*, 20 de octubre de 1981, y ARANGUREN, J. L. L.: «El precio de la vía hacia la democracia», *El País*, 30 de julio de 1978.

³⁹ CONTE, R.: «O Constitución o Franco», *El País*, 25 de noviembre de 1978, y FERNÁNDEZ-SANTOS, F.: «Una democracia de papel», *El País*, 12 de septiembre de 1980.

⁴⁰ TIERNO GALVÁN, E.: *Cabos sueltos*, Barcelona, Bruguera, 1982 [1981], p. 662.

bía mucho que celebrar, pues «ese día debió darse por terminada la cimentación de la democracia y debió comenzar la edificación de la “Nación”». Desde ese mismo diario y por las mismas fechas, Fernando Sánchez Dragó avisaba de la falta de espíritu en una política concebida sólo como gestión, donde nadie «se atreve a jugar la carta de la utopía»⁴¹. La polémica motivada por la aparición en 1979 del libro de Federico Jiménez Losantos *Lo que queda de España*, en el que denunciaba la renuncia de la izquierda a la idea de España y su olvido de la tradición política del nacionalismo liberal y republicano, provocó la división de los intelectuales.

También por entonces, Javier Tusell hablaba de la conveniencia de que «se meditara un poco acerca de la realidad de la identidad generacional con la democracia que tienen ahora las personas entre treinta y cuarenta años» ante una extendida «sensación de que lo realmente grave de la España actual no son los factores negativos en el terreno económico, en el internacional, en el orden público o en los aspectos sociales; lo grave es, en buena medida, la propia crisis política que deriva de la ausencia de una gran idea nacional y de la incapacidad del ejercicio de la voluntad en el liderazgo político». Tusell terminaba su artículo con un llamamiento al protagonismo de una joven elite intelectual y política, y su vinculación histórica al nuevo régimen democrático: «Nuestra generación para realizarse deberá vincular su existencia a la viabilidad de la democracia española. Aunque suene un poco pedante, ése es nuestro destino histórico»⁴².

Una «empresa generacional» significativa ya no sólo por su retórica voluntarista de lejanos ecos falangistas y orteguianos, sino porque definía la posición de muchos intelectuales de la Transición puestos al servicio de un gran ideal: la democracia como valor frente al autoritarismo, por encima de cualquier otro conflicto social o de clase, una especie de nueva agrupación al servicio de la democracia que no repitiera los viejos errores. Esos jóvenes renunciaron al valor de antifranquismo y, como Lot huyendo de Sodoma, no volvieron nunca más la vista hacia su pasado revolucionario si

⁴¹ DE VEGA, P.: «Elecciones y responsabilidad», *Diario 16* 17 de enero de 1979; RAMÍREZ, P. J.: «Regenerar nuestra democracia», *Diario 16*, 23 de junio de 1980, y SÁNCHEZ DRAGÓ, F.: «El poder y la gloria: Aquí ha llegado el desencanto porque nos falta la gloria», *Diario 16*, 23 de junio de 1980.

⁴² TUSELL, J.: «¿Fracaso de una generación?», *Diario 16*, 30 de abril de 1980.

no era para sorprenderse de las lógicas y el lenguaje a los que habían sido conducidos por una especie de corriente histórica, y que pocos años después resultaban casi incomprensibles. Muchos intelectuales dejaron entonces de sentirse «orgánicos», en un sentido gramsciano, para convertirse en los constructores de lo que Santos Juliá ha llamado «el relato de la democracia»⁴³.

Desde esa posición neutra y en cierta media posideológica escribían, como hemos visto, contra las lógicas amigo-enemigo que habían llevado a la guerra y la dictadura. No fue algo exclusivo de la transición española. Para el caso argentino se ha constatado cómo los intelectuales construyeron una peculiar relación con el pasado autoritario, «lo analizaban en clave sociológica, política o económica, sin presentarse a sí mismos como continuadores actuales de esas luchas pasadas que los habían tenido por partícipes directos unos años atrás». Su compromiso intelectual era ahora con la democracia, no con un partido o asociación, se había convertido en un asunto de valores culturales, y transformar una cultura autoritaria en otra democrática les llevaba a ver cómo sus viejos compromisos políticos parecían haber perdido completamente sentido⁴⁴.

Esa larga generación de intelectuales antifranquistas entraba en la transición política al mismo tiempo que maduraban sus carreras académicas, periodísticas o profesionales. Desde esas posiciones, a menudo aún precarias, empezaron a analizar lo que ocurría en clave sociológica, política o económica, distanciándose del papel que ellos mismos habían desempeñado como sujetos políticos más o menos activos. Sus modelos científicos no fueron sólo un «modelo de» realidad, sino también un «modelo para» incidir en la realidad, de acuerdo con las categorías elaboradas por Clifford Geertz⁴⁵. Creo que así debe entenderse el éxito de modelos como los elaborados por la ciencia política para las transiciones de régimen, o categorías como el «franquismo sociológico» acuñada por el sociólogo Amando de Miguel⁴⁶.

⁴³ JULIÁ, S.: *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004, p. 462.

⁴⁴ VISACOVSKY, S. E., y GUBER, R.: «¿Crisis o transición? Caracterizaciones intelectuales. Del dualismo argentino en la apertura democrática», *Anuario de Estudios Americanos*, 62 (2005), pp. 55-85.

⁴⁵ GEERTZ, C.: *Los usos de la diversidad*, Barcelona, Paidós, 1999.

⁴⁶ DE MIGUEL, A.: *La sociología del Franquismo: análisis ideológico de los ministros del régimen*, Barcelona, Euros, 1974, e íd.: *La herencia del franquismo*, Madrid, Cambio 16, 1976.

La noción de «franquismo sociológico» permitía acentuar la gravedad de las herencias culturales y sociales de la dictadura. Como decía Baltasar Porcel, «los franquistas existentes en el país, los que sostuvieron el régimen o dejaron que se sostuviera, son muchos, son millones de personas», y «el 18 de julio no es un anacronismo, pese a que lo sean sus celebrantes»⁴⁷. Desde la perspectiva de la cultura política, en 1976 Antonio López Pina y Eduardo Aranguren describieron una sociedad conformada por el franquismo, que había acabado por convertirse en una «forma de vida», y señalaban algunos de sus rasgos: doblez, adulación, acatamiento de la autoridad y autoritarismo, corrupción. Lo más importante era la existencia de una «mayoría silenciosa» caracterizada por el elevado índice de apoliticismo, «una mayoría ausente que se margina de la política»⁴⁸. Esos términos y otros como «apatía», «inercia», «ignorancia» aparecerán repetidamente en las críticas de los intelectuales durante la Transición.

¿Rebeldes sin causa? Crónica de un desencanto

En dichas ausencias suelen buscarse las causas de lo que pronto se llamó «desencanto», fenómeno complejo y difícil de interpretar donde convergían sentimiento y política, memorias y expectativas. Su surgimiento en otros procesos de transición quedó pronto subsumido en el éxito económico y en el discurso dominante de la reconstrucción, pero en España lo que había que reconstruir eran las libertades, los valores, el lenguaje, y lo que avanzaba eran la crisis económica y el paro. En 1979, Juan Goytisolo escribía que «el desencanto está a la orden del día. En el plano cultural —como en el político, social, económico, etcétera—, una atmósfera de pesimismo y desaliento ha reemplazado poco a poco el clima estimulante de fervor que caracterizó la primera fase del posfranquismo». José A. Gabriel y Galán constataba ese mismo año una «notable diferencia entre los análisis de los observadores extranjeros sobre este país y los que hacen los propios españoles», pero una «gran oleada de pesimismo» se extendía en formas

⁴⁷ PORCEL, B.: «El 18 de julio», *El País*, 25 de julio de 1978.

⁴⁸ LÓPEZ PINA, A., y ARANGUREN, E.: *La cultura política en la España de Franco*, Madrid, Taurus, 1976, p. 63.

que anunciaban casi una «depresión psíquica colectiva»⁴⁹. También en 1979, Luis García San Miguel reflexionaba sobre tal asimetría de percepciones:

«La cosa es curiosa: hemos hecho un cambio desde la legalidad, asombro de propios y extraños, hemos evitado los enfrentamientos violentos (con la excepción importante, pero muy peculiar, del terrorismo), nuestros políticos son pragmáticos, hábiles y puede que bastante honestos. Y, sin embargo, un difuso sentimiento de descontento se extiende por amplios sectores de la población»⁵⁰.

El desencanto fue prevalentemente un discurso intelectual, para algunos, de hecho, era una demostración más de la alergia de los intelectuales al pragmatismo y la moderación, un peaje a pagar por su resistencia a arrojar el lastre de las utopías ideológicas y reconocer el triunfo de la política. Como fenómeno social tuvo su propia cronología, pues se desarrolló principalmente entre 1978 y 1981. Hubo quien buscó las causas en la falta de grandes ideales movilizados, como hemos visto, o en el «cambio de chaqueta» y el oportunismo, cuando no cinismo, de muchos políticos. Según Aranguren, la desmoralización era «el mayor de los males que nos ha legado el franquismo», pues «la hueca cáscara de la retórica del régimen anterior, al romperse, mostró que nada había bajo ella» si no la «crisis de los valores tradicionales» y la «profundidad de la descomposición de nuestra sociedad». Para Juan Goytisolo, la culpa estaba en el «vicio de origen» de una democracia que no había sido «el fruto de una victoria popular, sino de una inteligente decisión otorgada desde arriba», lo que hacía impensable imaginar que la transición «iba a desencadenar un proceso de desarrollo cultural como el que se operó en el quinquenio de la Segunda República». Luis García San Miguel se preguntaba: «¿a qué obedece ese sentimiento?», y se daba él mismo la respuesta: «Por de pronto, a la inflación de expectativas engendradas por la vieja oposición al franquismo»⁵¹. Esta última fue, sin duda, la explicación más generalizada.

⁴⁹ GOYTISOLO, J.: «¿Alternativa cultural?», *El País*, 16 de mayo de 1979, y GABRIEL Y GALÁN, J. A.: «La manipulación del pesimismo», *El País*, 8 de diciembre de 1979.

⁵⁰ GARCÍA SAN MIGUEL, L.: «Sobre el desencanto de la democracia», *El País*, 2 de marzo de 1979.

⁵¹ ARANGUREN, J. L. L.: «¿No se ha de decir lo que se piensa?», *El País*, 24 de

Una versión del desencanto enlazaba con un fenómeno persistente en el que confluían culturas políticas muy distintas, si no opuestas. Me refiero a la crítica hacia lo que poco tiempo antes se llamaba «democracia formal» y a la «partitocracia», neologismo acuñado en la Italia republicana para denunciar la democracia basada en el poder de los grandes partidos. Así, desde su concepción ética de la política o, mejor dicho, de la política como ética, Aranguren comentaba que «la educación política, que es indivisiblemente educación moral, sólo se adquiere practicando, a todos los niveles, eso que por ahora es mera representación cuasiteatral —y más bien mala— de la democracia»⁵². En 1978 escribía:

«El desencanto comprometido, el desencanto que se resiste a reemplazar la “utopía” por la “alternativa” (de poder) no es, en fin de cuentas, mala actitud. Y, sobre todo, buena o mala, es la única posible para muchos de nosotros. (Cada vez más: el no-partido de los sin-partido aumenta y entiendo bien que eso preocupe a quienes conservan la fe en la posibilidad de autenticidad representativa de los partidos). En fin, y por poner un ejemplo (menor): dentro de unas semanas yo, comprometidamente desencantado, votaré sí a la Constitución. Desencantado, porque a nadie puede encantar un mero texto escrito que no constituye nada, que lo deja todo entreabierto y entrecerrado, a lo sumo prendido con alfileres. Comprometido, porque es urgente hacer cuanto esté en nuestras manos —en este caso, una simple papeleta— para salir de la penosa situación de predemocracia, dicen, en que nos encontramos»⁵³.

Declaraciones como éstas fueron contestadas por otros intelectuales y, en particular, por los sectores de la *intelligentsia* vinculados más o menos directamente al proyecto político del PSOE. Elías Díaz describió unos años después, en 1988, los rasgos esenciales de lo que llamó «ideología del desencanto», entre los cuales estaba su añoranza del pasado antifranquista, su utopismo y el «rupturismo como ideología», que consistía sobre todo en achacar todos los pro-

septiembre de 1980; GOYTISOLO, J.: «¿Alternativa cultural?», *El País*, 16 de mayo de 1979, y GARCÍA SAN MIGUEL, L.: «Sobre el desencanto de la democracia», *El País*, 2 de marzo de 1979.

⁵² ARANGUREN, J. L. L.: «El “espectáculo” de la política», *El País*, 25 de agosto de 1977.

⁵³ ARANGUREN, J. L. L.: «Entre el compromiso y el desencanto», *El País*, 6 de octubre de 1978.

blemas del presente a la ausencia de ruptura institucional y en considerar que la democracia no era algo demasiado diferente de un franquismo sin Franco⁵⁴. Lo que se contestaba era, sobre todo, que la denuncia del poder, de todo poder, acabara tratando casi de la misma manera el poder autocrático y el poder democrático, actitud que tendría su origen en un malentendido sobre la función del intelectual en una moderna democracia y de su relación con la política. Frente al intelectual concebido por Aranguren como el vigilante de los vigilantes, el que sabe decir que no y mantiene un absoluto desapego del poder y la lucha política, Claudio Guillén, Ignacio Sotelo o Fernando Morán contrapusieron la necesidad de un compromiso político, si bien muy alejado de la figura del «intelectual orgánico» superado por los tiempos⁵⁵.

Así, por ejemplo, la actitud ácrata de pensadores como Savater, con su *Panfleto contra el Todo* (1978), o sus declaraciones —«Uno, a ratos, recuerda con añoranza la subterránea claridad del odio indistinto a la dictadura»— merecieron el anatema de José Luis Abellán, para quien el neonietzscheanismo había terminado por hacer el juego a la reacción («Lo que Savater está rechazando no es el Orden de la Dictadura, sino cualquier Orden, y muy especialmente el Orden democrático»). Ignacio Sotelo acusó a Savater de inclinaciones neofascistas y reaccionarias, y su postura abstencionista ante el referéndum constitucional del 6 de diciembre de 1978, proclamada en *El País* en vísperas de la votación, fue criticada por Elías Díaz⁵⁶. Pero fue la tan utilizada como malinterpretada frase acuñada por Vázquez Mon-

⁵⁴ DÍAZ, E.: «La ideologías de (sobre) la transición», en TEZANOS, J. F.; COTARELO, R., y DE BLAS, A. (eds.): *La transición democrática española*, Madrid, Sistema, 1989, pp. 757-783.

⁵⁵ ARANGUREN, J. L. L.: «El intelectual y la vigilancia de la vigilancia», *El País*, 18 de julio de 1976; ÍD.: «La palabra escrita y la “organización” de la democracia», *El País*, 27 de julio de 1976, ÍD.: «Dos ideas de la política», *El País*, 13 de noviembre de 1976; GUILLÉN, C.: «Dos modos de pensar», *El País*, 8 de septiembre de 1977; MORÁN, F.: «¿Cambio político sin transformación cultural?», *El País*, 5 de abril de 1979, y SOTELO, I.: «Debate sobre las posibilidades del socialismo español. Presentación del libro *El socialismo democrático*», *El País*, 12 de abril de 1980.

⁵⁶ SAVATER, F.: *Panfleto contra el Todo*, Barcelona, Dopesa, 1978, apéndice; ABELLÁN, J. L.: «La función del pensamiento en la Transición política», en *España, 1975-1980: conflictos y logros de la democracia*, Madrid, Porrúa, 1982, pp. 25-39; SOTELO, I.: «Panfleto contra el Todo», *Triunfo*, 810 (5 de agosto de 1978), pp. 53-55; SAVATER, F.: «Polémica. La lucha contra el Todo», *Triunfo*, 811 (12 de agosto de 1978), pp. 44-45, y BAÑULS SOTO, F.: *La reconstrucción de la razón: Elías Díaz, ante*

talbán «contra Franco vivíamos mejor» (escrita originalmente entre interrogantes)⁵⁷, la que acabaría simbolizando la polémica en torno al paradójico conservadurismo de la izquierda antifranquista.

La violencia y el terrorismo, el «ruido de sables» y, junto a todo ello, el miedo planearon de manera difusa sobre muchas reflexiones intelectuales en los meses inmediatamente anteriores y posteriores al 23 de febrero de 1981. Pedro Altares ya no consideraba útil interrogarse a finales de 1979 sobre si «la decepción es el precio porque no haya habido ruptura», de lo que se trataba era de «plantearse un mínimo rearme moral de esta democracia que es la que tenemos». Crisis de militancia política y abstencionismo eran los síntomas de ese mal más profundo de una democracia que cumplía su segundo aniversario «con sus enemigos en armas y con sus amigos cansados y decepcionados». Unos meses después, el mismo Altares escribía que «este ya no es un problema de “desencanto”, sino, pura y simplemente, de supervivencia». Después del 23-F, Jordi Solé Tura llamaba a «encontrar alguna forma renovada de consenso» como el que había presidido el periodo constituyente, porque «el desencanto tiene otra cara: la del gompismo»⁵⁸. Una idea que desarrollaría Elías Díaz unos años después en su crítica a la «inmadurez» política de la ideología del desencanto:

«¡Y así nos cogió Tejero aquel 23 de febrero! Intentando animar a los macilentos y abúlicos desencantados: hubo, de todos modos, filósofos, escritores y ciudadanos que entraron en razón cuando escucharon el bando bélico de Milans del Bosch»⁵⁹.

El intento del golpe de Estado puso en evidencia todas estas tensiones, seguramente convenció a muchos de la apremiante tarea de consolidar la democracia dejando de lado las diferencias o el excesivo criticismo, por lo menos hacia los proyectos políticos

la ética y la política, Universidad de Alicante, 2004, p. 406 (consultada en www.cervantesvirtual.com el 1 de junio de 2010).

⁵⁷ MORET, X.: «Entrevista con M. Vázquez Montalbán», *El País*, 26 de octubre de 1992.

⁵⁸ ALTARES, P.: «El último en reír», *La Gaceta Ilustrada*, 22 de julio de 1979, *id.*: «En la cresta de la ola», *El País*, 19 de diciembre de 1979, y SOLÉ TURA, J.: «Del consenso constitucional al consenso necesario», *El País*, 8 de diciembre de 1981.

⁵⁹ DÍAZ, E.: «La ideologías de (sobre) la transición», *op. cit.*, p. 776.

de izquierda, al mismo tiempo que arreciaban las presiones en este mismo sentido. García Santesmases, al comentar la «extraordinaria prudencia» del Aranguren posterior a 1981, escribe:

«Se había producido el golpe del 23 de febrero de 1981 y Aranguren, como muchos otros, quiso colaborar en todo lo que pudo para afianzar la situación. Había sido recriminado por mostrar un excesivo desencanto ante el proyecto constituyente y no quería seguir por ese camino, no quería aparecer ante la opinión pública como el responsable de un “no” rotundo ante las insuficiencias del gobierno socialista»⁶⁰.

La perspectiva de un triunfo electoral del PSOE había impulsado una ofensiva dentro del campo intelectual de la izquierda. En 1980, Ramón Tamames consideraba llegado el momento de que la izquierda tomara el relevo a la derecha en el poder, cumplido ya el «trance canovista» de la Transición. Constatava, sin embargo, que «la izquierda políticamente más representativa parece haber renunciado a cualquier clase de horizonte utópico, en la idea de encontrar unos pocos centenares de miles de votos de la desengañada derecha; donde habría que buscarlos es entre los siete millones de españoles que no votaron en 1979, o entre los diez millones que, de seguir así las cosas, no votarán en 1983, o en 1982..., o en 1981». Elías Díaz escribía también en 1980 sobre el «encanto del desencanto» que, por su carácter desmovilizador, favorecía «más al orden establecido o al orden que otra vez algunos quieren a toda costa restablecer, y nada o muy poco ayuda a las fuerzas políticas, sindicales o culturales, que impulsan y propugnan de verdad un cambio social en profundidad»⁶¹. Esa ofensiva se plasmó finalmente en el manifiesto de apoyo al PSOE titulado «Por el cambio cultural» y publicado en *El País* en vísperas de las elecciones de octubre de 1982, que encabezaban las firmas de Vicente Aleixandre, Aranguren, Antonio Tovar, Laín Entralgo, Ruiz-Giménez, Torrente Ballester y José Antonio Maravall, junto a las de unos trescientos conoci-

⁶⁰ Citado en DÍAZ, E.: *De la institución a la constitución. Política y cultura en la España del siglo XX*, Madrid, Trotta, 2009, p. 186.

⁶¹ TAMAMES, R.: «Crisis de la sociedad y reflexión sobre los partidos políticos», *El País*, 25 de noviembre de 1980, y DÍAZ, E.: «El dulce encanto del desencanto», *El País*, 29 de junio de 1980.

dos escritores, profesores, periodistas, artistas, cantautores, actores y actrices del momento⁶².

El conflicto de fondo sobre el apoyo de los intelectuales a un proyecto político de la izquierda para llegar al poder se iba a resolver, tras el hundimiento del PCE y la absorción del PSP y de gran parte de la izquierda radical por el PSOE, con la amplia victoria de este partido en 1982. Volvería a replantearse con motivo del referéndum de la OTAN y entonces hubo de nuevo manifiestos y cartas que provocaron, por ejemplo, divisiones en el seno de *El País*, donde Javier Pradera presentó su dimisión como jefe de la sección de Opinión a causa de las protestas de numerosos lectores por haber promovido junto a Juan Benet y Sánchez Ferlosio un manifiesto de apoyo al sí en el referéndum⁶³. Durante la segunda legislatura socialista, muchos intelectuales levantarían su voz contra el giro a la derecha del gobierno socialista y la frustración de las esperanzas que habían reverdecido con la aplastante victoria de 1982, aunque no por ello Aranguren dejaría de lamentarse por tantos intelectuales «domesticados»⁶⁴. En 1986, Joaquín Leguina hacía un llamamiento para que la «intelligentzia española de izquierda que no lo haya hecho abandone definitivamente el cómodo antifranquismo en que está empeñada»:

«El afán del intelectual español de situarse, en general, fuera o por encima de la política hunde sus raíces en la experiencia del franquismo. Cuando hay privación de libertad la dignidad del intelectual toma la forma de un imperativo ético: restablecimiento inmediato de las libertades. La razón, tanto la razón teórica como la política, vive en estado de excepción: más que su propio ejercicio, lo que importa es la creación de condiciones que permitan su existencia. Aquella situación produjo un tipo de intelectual cuyo rechazo ético de la dictadura iba de la mano de un radicalismo político con querencia a desbordar a todo bicho viviente por la izquierda. Es éste un caso de inmadurez con graves efectos sociales [...] Una parte de la vanguardia intelectual española se sigue moviendo con los esquemas de siempre: del rechazo moral al radicalismo sin alternativa política, lo cual pone al descubierto que la acentuación del ideal ético

⁶² «Por el cambio cultural», *El País*, 25 de octubre de 1982.

⁶³ SEOANE, M. C., y SUEIRO, S.: *Una historia de «El País» y del Grupo Prisa*, op. cit., pp. 325 y 497.

⁶⁴ BLÁZQUEZ, F.: *José Luis L. Aranguren. Medio siglo de la historia de España*, Madrid, Ethos, 1994, pp. 278-289.

no revela la inmoralidad de la política, sino la irrelevancia de la política para esa particular ética»⁶⁵.

Lo hacía en unos momentos difíciles para su partido, «acuciado por la práctica de gobierno y empujado por la crisis económica», en nombre de los ideales de reformismo, rechazo de la injusticia concreta y honradez propios del «socialismo primitivo» que habían reemplazado desde 1979 en los eslóganes a la ideología abstracta del marxismo revolucionario⁶⁶. La corrupción y la guerra sucia, sin embargo, no tardarían en volver a poner en las primeras páginas de los periódicos el debate entre ética y política.

Conclusiones

La contribución de los intelectuales de izquierda a la transición a la democracia, entre 1975 y 1982, ha sido objeto de interpretaciones discordantes. El prestigio ganado gracias a su activismo en la lucha contra la dictadura de Franco, así como su función de referencia ética, les otorgaba una posición destacada como guías en el proceso de cambio social, sobre todo a través de sus intervenciones públicas en la prensa. Sin embargo, fenómenos como el cuestionamiento del intelectual universal, el desarrollo del mercado cultural o la crisis de las ideologías determinaron su propia evolución durante esos años. Esa transición de los intelectuales dentro de la Transición estuvo marcada por una paradoja: la democracia exigía el sacrificio del antifranquismo, no sólo en nombre de la reconciliación, sino también de una alternativa viable de poder de la izquierda. De esa polémica cultural y de ese conflicto político se alimentó el llamado «desencanto».

No resulta fácil interpretar el fenómeno por el cual el antifranquismo fue culpabilizado durante la Transición no ya sólo por la derecha, sino incluso dentro de la propia izquierda. Un amplio sector de intelectuales, en especial vinculados al PSOE y al PCE, vio

⁶⁵ LEGUINA, J.: «La nostalgia del antifranquismo», *El País*, 17 de octubre de 1986.

⁶⁶ MATEOS LÓPEZ, A.: «La transición del PSOE durante los años setenta», en QUIROSA-CHEYROUZE, R. (coord.): *Historia de la transición en España: los inicios del proceso democratizador*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pp. 285-299.

en él la expresión de un excesivo poder de los mismos intelectuales, de su renuncia suicida a sostener una alternativa viable de poder, de su pretensión de ponerse por encima de la confrontación política en nombre de la ética universal o, al revés, de sostener viejos discursos ideológicos ya superados, en el fondo movidos más por una «ética de la convicción» que por una «ética de la responsabilidad». El antifranquismo se identificó entonces con un pasado que debía pasar para dejar sitio al futuro, verdadero espacio de la política, y lo que habían sido virtudes del «resistencialismo» y de la crítica sistemática terminaron por convertirse en vicios de la democracia, como escribió Manuel Vázquez Montalbán en 1988.

De manera semejante a lo que había ocurrido en la Europa posfascista, pese a las muy distintas circunstancias históricas, unos intelectuales defendieron el valor moral y pedagógico de la memoria, otros la conveniencia del olvido, aunque todos lo hicieran desde el imperativo ético de la reconciliación. Unos denunciaron la herencia de la longeva dictadura en una sociedad desmovilizada, apolítica y corrupta, otros manifestaron su optimismo en la madurez de una sociedad civil que hacía inevitable el cambio. Unos pusieron la vista en los resultados, en el punto de llegada, aunque ello supusiera aceptar la monarquía, los símbolos o el personal político heredado del franquismo, otros se preocuparon más por los medios en nombre de la ética, la legitimidad o la moralización de la sociedad, aunque todos lo hicieran con el objetivo de alcanzar una «verdadera» democracia. Unos creyeron en la participación democrática como escuela de democracia, otros echaron en falta más altos ideales que implicaran a toda la sociedad en la nueva vida nacional, y en este tema fue mucho más difícil el acuerdo, como el tiempo ha demostrado. Lo que no faltó fue debate intelectual, aunque algunos recuerdan lo contrario, ni enconadas luchas políticas para contar con el apoyo o la aprobación de los intelectuales, por mucho que su autoridad social fuera a menudo atacada.

Si una cosa tenían en común todos los intelectuales es que sabían casi tan poco como los políticos y el resto de la sociedad sobre cómo iba a ser en el futuro el país que estaban construyendo, y eso que una de las funciones propias del intelectual parece haber sido siempre la profecía. También irían perdiendo esta atribución para asumir otras mucho más modestas, las del intelectual especialista llamado a opinar sobre un tema concreto, aunque mu-

chos se reconvertirán en una versión castiza del antiguo intelectual universal, la del tertuliano. Algunas causas, sobre todo internacionales, aún siguen concitando la unión de escritores, artistas o profesionales en las plazas o en manifiestos colectivos, como tampoco se ha perdido ese curioso antiintelectualismo de los propios intelectuales. Más significativo ha sido seguramente que esas virtudes de la Transición, como el pragmatismo, la reconciliación y el consenso, en nombre de las cuales se habrían sepultado los valores del antifranquismo, se han convertido para algunos en los nuevos vicios de la democracia⁶⁷. La dialéctica franquismo-antifranquismo ha regresado al debate público impulsada por los movimientos de «recuperación de la memoria histórica» que, por supuesto, tampoco renuncian a contar con el apoyo de los intelectuales.

⁶⁷ COLOMER, J. M.: *La transición a la democracia: el modelo español*, Barcelona, Anagrama, 1998, p. 181.